



REVISTA DE LOS CAZADORES.

APUNTES SOBRE ARMAS ESPECIALES DE CAZA.

(Continuación.)

Á un calibre de 35 milímetros, que es para mi gusto el más ventajoso para la caza en el mar y grandes lagos, corresponden á razon de 48 diámetros de longitud de cañon (que es lo conveniente, segun ya se ha dicho, para una escopeta ordinaria), 168 centímetros; pero como hay que aumentar esta en proporcion progresiva cuando pasa el calibre de 16 á 18 adarmes (1), hay que añadirle otros 70 centímetros para que el arma dé el alcance y fuerza debida, segun se indicó en los primeros apuntes sobre armas, y que dan un total de largo de cañon de 238 centímetros, ó sean 8 piés y 2 pulgadas próximamente, que viene á ser lo que puso en práctica el coronel Hawker para su magnífica *patera* de dos cañones, con cureña de muelle. Á mí me parece que otros autores franceses, que recomiendan para calibres de 25 á 30 milímetros de diámetro, 3 metros de cañon, exageran algo la longitud, mientras que el coronel (dicho sea con

el respeto que merece persona tan inteligente y práctica), creo que se queda algo corto. Si yo tuviese que encargar un arma de esta clase, le haria dar, para 36 milímetros de calibre, 9 piés de largo al cañon.

Tomaremos de la obra del coronel Hawker las principales observaciones y reglas que ha sentado sobre esta clase de armas, por ser la persona que más y mejor ha tratado el asunto, tanto prácticamente, como por experimentos científicos, y por ser indudablemente la autoridad más competente hasta hoy. Dice así:

«Para las escopetas (*pequeñas*) de uso comun de caza, el barrenado que se acostumbra es dejar un cilindro durante las tres cuartas partes de la longitud del cañon, cuidando de que quede un poco de contraccion justamente donde principia á moverse el plomo de la carga, en *armas de chispas*; mas no así en las de percusion (*piston*) (1), y ensanchando gradualmente el calibre desde el fin del cilindro hasta la boca. Por ejemplo:

(1) Entiéndase de la medida usual de calibre, y no de los verdaderos adarmes de peso de la bala, pues entonces resultaria una longitud exagerada, que sería imposible manejar.—M.

(1) No estoy conforme en esto con el autor, pues creo que debe ser de igual forma el barrenado en todos los sistemas, aunque con distintas proporciones, segun lo largo y ancho del cañon.—M.

suponiendo que el cañon es de 32 pulgadas de largo, resultarían 21 pulgadas de cilindro, unas 6 pulgadas (antes del cilindro) en disminucion, y las 5 pulgadas desde el fin del cilindro hasta la boca, en ensanche gradual. Todo esto debe hacerse con la graduacion más delicada posible, y en tan corto grado, que hasta algunos armeros apenas lo notan. ¡Qué naturales, pues, que muchos autores de obras de caza se engañen y crean que un cilindro exacto es el mejor sistema de barrenado para las escopetas desde la recámara hasta la boca, abogando, por consiguiente, por él! El ensanche ó bocardo hace que el cañon tire lo más recogido posible, sin perder la fuerza y rapidez necesarias, que deben aumentarse en lo posible por medio de los mejores culatines. Pero con las nuevas alteraciones para armas cortas de piston, un cilindro con unas pocas pulgadas de bocardo es lo que suele resultar mejor, y por lo tanto, necesitamos más peso de metal para compensar el aumento de rechazo causado por una mayor detencion, (ó friccion) de la carga en el cañon. De este modo, el sistema de piston simplifica el barrenado para el fabricante. Con cañones más largos y de mayor peso, podemos conseguir otra ventaja, que es dar un poco de alivio (ensanche) *atrás*. Este debe ser poco sensible, pues si en cualquiera parte fuese demasiado ancho, dejaria escapar la fuerza de la pólvora alrededor del taco, y el tiro seria flojo. Por esta razon no apruebo los tacos agujereados sobre la pólvora, como los usan algunos, creyendo que así no se resiste el aire al atacar, siendo así que pocas veces sucede esto antes de poner el taco sobre los plomos.

»Para una *patera* ó arma de longitud considerable, debe sentirse resistencia (al atacar) en aumento continuo, hasta llegar un poco por encima de los plomos, y desde donde están estos hasta el culatin, un poco de alivio. Si el cañon es *muy* largo, por supuesto, se puede prolongar el alivio *atrás* (á proporcion), dando así más empuje á la pólvora, y pudiendo por lo tanto alargar el bocardo de salida, consiguiendo así recogimiento y fuerza en el tiro. Este es el motivo por el que se hace alcanzar más á los cañones largos que á los cortos (1). De este mo-

do, la municion tiene roce al forzar el paso del cilindro, saliendo con alivio gradual despues en todo el tránsito del cañon. En una palabra, los plomos deben recibir todo el empuje de la pólvora estando apretados en el cañon, y ensancharse gradualmente en su trayecto. Este barrenado es el que conviene para las armas grandes para patos, pues la primera contraccion ó roce les da fuerza, dando el debido tiempo á la combustion de la pólvora; y el alivio ó bocardo prolongado, da la suavidad comparativamente con respecto á los calibres que se pueden usar para su objeto.

»En contestacion á muchos argumentos absurdos en favor de los cañones cortos y de la *presion lateral*, acompaño una nota para demostrar cómo se barrenaron las cinco mejores escopetas que en mi vida he visto usar, y probar cuánto distaban de ser perfectamente cilíndricas, y por consiguiente, el error de los argumentos fundados sobre esta equivocada idea. Si un cañon fuese un cilindro perfecto de punta á punta, tiraria tan bien ó casi tan bien teniendo dos piés de largo, como siéndolo mucho más, puesto que el exceso de lo que se puede llamar *presion lateral*, haria más daño que provecho, disminuyendo (por el demasiado roce), en vez de aumentar, la fuerza de la carga; pero añadamos á los dos piés de cilindro más longitud de cañon con el correspondiente ensanche y alivio, y tiremos con las dos armas en una apuesta, y veremos cómo quedan los señores innovadores de sistemas, que predicán al público semejantes paparruchas en favor de armas cortas.

»En pocas palabras daré, como última herencia, á los constructores, una sencilla regla para el barrenado de los cañones. V. gr., que el bocardo ó alivio de *atrás*, sea justamente la mitad de largo y profundo que el delantero (ó de la boca) (1). Por ejemplo, si el cañon tiene 40 pulgadas, darle *atrás* 3 $\frac{1}{2}$ pulgadas de bocardo, y 7 pulgadas al de la boca, y que el de *atrás* tenga la mitad de profundidad que el de adelante. Ambos, por supuesto, todo lo gradual posible, sin escalon en ninguna parte, y ménos

(1) Luego nuestros antiguos armeros sabian más que los modernos.—M.

(1) Entiéndase esto para las armas pequeñas y medianas, pues para las mayores, el cilindro es más corto que el bocardo, como queda indicado en la nota que más adelante se acompaña.—M.

al unirse (como conos truncados) con la parte cilíndrica intermedia. Las escopetas muy cortas no permiten esto, pues no tienen la bastante longitud para poderles añadir estas grandes ventajas para tirar lejos; y además, concediendo, tan solo para evitar argumentos, que alcancen lo mismo (cosa que nunca he visto), jamás se tira tan bien con ellas, porque estando tan inmediatos uno á otro los puntos de mira, nunca es afinada la puntería. Los cañones de artillería se barrenan en forma de cilindro, porque su uso general es para bala; pero ¿cómo han llevado siempre la munición menuda (metralla)? Miserablemente; hasta que el general Shrapnell inventó sus admirables granadas, que mantienen reunida la munición hasta la segunda explosión, que tiene lugar un poco antes de llegar al objeto á que se dirigen. Una cosa es hablar caprichosamente de la materia, y otra muy distinta es el sentar los hechos con exactitud.

»En la adjunta nota pongo tres escopetas del mayor tamaño, porque un arma común de caza está hecha en escala tan pequeña, que aunque el alivio ó bocardo se siente al momento, pasándole un taco de plomo á propósito para el objeto, es tan leve la diferencia en calibre pequeño, que es difícil medir y especificar la profundidad del ensanche.

»NOTA. Si cualquiera constructor me hubiera demostrado en confianza su sistema de barreno, me consideraría obligado á no publicarlo; pero debiendo mi conocimiento de la materia á mis propias observaciones, es propiedad mía, y como tal, no veo inconveniente en confiarlo á mis lectores.

»Escopeta patera de un cañon para cureña de horquilla. Cañon hecho por W. Tullerd, calibre, 1 $\frac{1}{2}$ pulgada (diámetro); peso del cañon, 62 libras.

	Piés.	Pulgadas.
Cilindro.	2	8
Bocardo delantero.	4	1
Idem de atrás.		6 $\frac{1}{2}$
Longitud total sin culatin.	7	5 $\frac{1}{2}$

»Profundidad de alivios adelante, $\frac{1}{20}$ de pulgada; idem atrás, $\frac{1}{24}$ de pulgada.

»Mi grande escopeta de dos cañones, de cureña de muelle, cañones de Tullerd, pe-

so, 193 libras; calibre, 1 $\frac{1}{2}$ pulgada menos $\frac{1}{32}$ de pulgada.

	Piés.	Pulgadas.
Cilindro.	2	9
Alivio delantero.	4	2
Idem atrás.	1	3
Total sin culatines.	8	2

»Profundidad de alivios adelante, $\frac{1}{16}$ de pulgada; atrás, un poco menos que en la boca.

»Una escopeta de un cañon, para cureña de horquilla: peso del cañon, 69 libras, hecho en Birmingham; calibre, 1 $\frac{1}{4}$ pulgada (escasa).

	Piés.	Pulgadas.
Cilindro.	2	7
Alivio delantero.	4	4
Idem atrás.		10
Total.	7	9

»Profundidad de alivios, $\frac{1}{16}$ de pulgada más que el cilindro adelante; $\frac{1}{32}$ de pulgada atrás.

»Una escopeta de dos cañones, calibre 14 en libra; peso total, 8 $\frac{1}{2}$ libras; de Lancaster.

	Piés.	Pulgadas.
Cilindro.	1	9
Alivio adelante.		5
Prieto atrás (1).		6
Total.	2	8

»Pregunta. ¿Porqué se estrecha atrás la escopeta común de caza, mientras las otras tienen ensanche?

»Respuesta. Porque una escopeta de caza ordinaria se dispara tantas veces en un día, que hay que recurrir á un modo inferior (2) de conseguir la fricción, para evitar que se

(1) Aquí vuelve el autor á su error de la contracción atrás, con la que no me puedo conformar; y más adelante vuelve á caer en contradicción queriendo probar que el hacer esta alteración es por recurso para atenuar los malos resultados que dan los cañones demasiado cortos.—M.

(2) Nótese que el mismo autor reconoce que no es el buen sistema, y luego confiesa que el otro es ventajoso, que es el de los armeros españoles para las armas de chispas, y al fin (así como hacer los cañones mas largos), se ha visto ser lo mejor para todos sistemas.—M.

emplome el cañon, y para que así tire todo el día, casi tan bien como estando limpio, y sin hacerse sentir mucho en el hombro. Además, una escopeta de caza tiene que ser corta para que sirva en espesuras, y para tenazon, por lo que le falta la longitud necesaria para poderle dar esa *ventaja* para el alcance, en proporcion al alivio delantero, sin hacer embarazoso su uso aumentando la longitud.»

Hasta aquí el coronel Hawker.

Á pesar de que algunas de las observaciones que preceden tienen referencia principalmente á las armas comunes de caza, no he querido omitirlas, aun á riesgo de parecer pesado á algunos lectores, pues si bien en alguna pequeña parte pienso de distinto modo que el ilustre coronel, el conjunto es de tal importancia en este ramo tan poco conocido, que creo que la mayoría de los cazadores y aun los armeros y fabricantes inteligentes y celosos de su adelanto y reputacion, se alegrarán de verlas.

M.

(Continuará.)

LA ZORRA.

SUS COSTUMBRES Y MEDIOS PARA CAZARLA.

Ya que mi estimado compañero el Sr. Hidalgo, nos ha hecho la reseña del lobo, con la inteligencia y acierto que acostumbra, voy á ocuparme yo de la zorra, animal que guarda alguna analogía con el lobo, y que es tan perjudicial para la cria y fomento de la caza.

La zorra es más pequeña que el perro; su cabeza es más gruesa á proporcion que su cuerpo; el hocico más puntiagudo, la cola más larga y poblada, las orejas más pequeñas y derechas, el pelo más largo y espeso; las pupilas de sus ojos son oscuras y prolongadas verticalmente; su color es rojo, gris por encima del lomo, y negro en los extremos de las piernas. Exhala un olor fétido, chilla, ladra y despide un graznido, á que los inteligentes llaman *guarrear*: sus tonos son diferentes, segun los varios sentimientos que la aquejan. En el invierno, y en particular en tiempo de nieves y heladas, no cesa de chillar en cuanto viene la noche; durante los fuertes calores del verano está casi muda. En esta estacion se le cae y renueva el pelo, razon por la cual sus pieles valen poco.

La zorra pare una sola vez al año. Entra en calor en invierno, y en el mes de Abril se encuentran ya zorrillos. Cuando está pre-

ñada se retira, y sale de su zorrera tan solo lo preciso para alimentarse; en la misma prepara la cama para sus hijuelos, que suelen ser en cada parto cuatro, cinco, y á veces seis ó siete, pero nunca ménos de tres. Los zorrillos nacen, lo mismo que los perros, con los ojos cerrados; tardan en crecer año y medio ó dos, y suelen vivir bastantes años (si no han tenido algun tropiezo). Cuando la madre advierte que ha sido descubierta su zorrera y que, durante su ausencia, han molestado á sus hijos, los trasporta uno á uno á otra zorrera.

La zorra es astuta en demasia, y lo que el lobo ejecuta con solo la fuerza, ella lo emprende y consigue con frecuencia con su sagacidad; de manera que sin empeñarse á pelear con los perros ni con las gentes del campo, sin acometer á los ganados ni arrebatár los cadáveres, tiene más seguridad de poder sustentarse.

No ménos astuta que cauta, ingeniosa y prudente, la zorra sabe variar de conducta, segun las circunstancias que la rodean, teniendo, como de reserva, ciertos recursos y ardides, de que sabe hacer uso oportunamente. Atiende con cuidado á su conservacion; y aunque es infatigable, como el lobo, y más ligera que este, no se fia enteramente de la velocidad de su carrera, sino que provee, para su seguridad, una zorrera con dos bocas á la entrada de los montes ó sotos, debajo de los grandes troncos de árboles, ó entre grandes piedras, pero siempre en barreras, para evitar la humedad y las inundaciones: es muy general en ellas apoderarse de las madrigueras de los tejones y conejos, y luego agrandarlas lo suficiente para entrar y salir con facilidad; pero no habita su guarida sino para parir, criar sus cachorros, ó cuando se vé en un inminente peligro. Pasa el día, generalmente, durmiendo en las malezas más espesas y próximas á su zorrera, dejando la noche para cazar.

Se establece á distancia proporcionada de las labranzas ó caseríos; oye el canto de los gallos y el grito de las aves, y se saborea de antemano con ellas; elige sagazmente el tiempo oportuno, ocultando su designio y su marcha; se acerca arrastrándose, y muy rara vez salen vanas sus tentativas. Si puede saltar las paredes de los corrales, lo ejecuta; y si no, procura entrar por debajo de las puertas; mata y destroza cuanto encuentra, y se retira ligeramente, llevándose alguna presa, que oculta debajo de tierra ó la conduce á su zorrera, volviendo en seguida en busca de otra, que esconde en diferente sitio, repitiendo esta operacion hasta que la venida del día la sorprende ó el ruido que siente en el caserío ó labranza le advierte que le conviene retirarse. Inquieta, además, dónde hay los lazos para conejos, perchas y otras trampas con las cuales se cazan per-

lices y diversas aves, y anticipándose al cazador, acude muy de madrugada, una ó más veces, y se lleva lo que encuentra: cuando está muy satisfecha, deja guardada la caza por dos ó más días, de modo que pueda recogerla apenas la acosa el hambre. El instinto de este animal es de hacer daño; persigue á las liebres y conejos á la carrera, y muchas veces los coge en la cama, por la seguridad con que ejecuta sus golpes; y como tiene un olfato tan fino, le es fácil descubrir los nidos de perdices y otras aves, cogiéndolas cuando están echadas en los huevos, y devorando estos; destruye las gazaras, motivo por el cual es en extremo perjudicial para la caza.

La zorra es tan voraz como carnífera; come todo con igual ansia; huevos, liebres, conejos, perdices y demás aves, gustando también mucho de las uvas. Cuando se vé falta de esta clase de alimentos, se ceba en los ratones, turones y grillos, que es el único bien que hace. También es muy aficionada á la miel; acomete á las abejas silvestres, tábanos y avispas, las cuales procuran ahuyentarla con sus picaduras, lo que consiguen; pero como la zorra se revuelca para aplastarlas, repitiendo con frecuencia las invasiones, las obliga algunas veces á abandonar el avispero. Entonces la zorra le desentierra y se come la miel y la cera. Y, por último, come también los erizos, volteándolos con las patas y manos, y obligándoles á extenderse.

Indicadas las costumbres de las zorras, diré algo acerca del modo de cazarlas.

LUIS ORTEGA.

(Concluirá.)

HIGIENE.

Dentro de pocos días quedará levantada la veda en nuestras provincias meridionales. La afición, que parecía extinguida en los cazadores observantes de los preceptos legales, renace ahora con toda la pujanza de una pasión verdadera. Las armas se aprestan, los instrumentos venatorios, un tanto olvidados, vuelven á absorber la cuidadosa atención del dueño, y todo parece que despierta de ese letargo con que la ley ha querido amparar y proteger el amor de los animales durante su celo, concediéndoles una tregua en que puedan con entero sosiego satisfacer las necesidades de la especie, y disfrutar los gozos inefables de la familia.

Si la calma en que ha vivido el cazador ha podido acumular en su ánimo deseos más vehementes de volver á su habitual tarea, su cuerpo, obediendo á otras leyes también naturales, ha adquirido más susceptibilidad á los agentes extraños, y ha de causarle novedad la vuelta á las fati-

gas que tenía casi olvidadas. Por lo mismo conviene entrar en ellas gradualmente, hasta adquirir el vigor que haya podido perder en un periodo de descanso tan prolongado.

Los rigores del estío y la falta de estímulos para arrostrarlos, han tenido al cazador sustraído á las influencias atmosféricas, y no debe olvidar ahora, que va á exponerse á ellas en toda la plenitud de su actividad, bajo un sol abrasador y cuando los campos agostados y la vegetación moribunda, no presta ya al ambiente la frescura y lozanía de la primavera.

La sombra de los árboles, el agua de los arroyos y la yerba de los prados, no templan ya los rayos solares que el árido suelo refleja impregnado de emanaciones de vegetales muertos y de sales irritantes.

En la primavera se puede casi impunemente descansar horas enteras bajo el amparo de los árboles, beber de cualquiera agua corriente y cristalina, y soportar el sol horas seguidas. Los alimentos de que se hace uso en aquella estación, sobre ser más inocentes, encontraban el cuerpo más robustecido después del invierno. Los humores no habían entrado en esa especie de fermentación en que se hallan después bajo el influjo de los calores estivales. Pero ahora, el abuso que se ha hecho de las bebidas debilitantes para contrarrestar el rigor de los calores, la alimentación ligera y poco nutritiva que hemos empleado con preferencia marcada, la falta de ejercicio y la relajación del cuerpo, consiguiente á la acción continua de una temperatura elevada, han enervado mucho las fuerzas vitales, mientras que por otra parte se han desarrollado en la atmósfera elementos mucho más deletéreos.

Así, pues, aconsejamos á todos la mayor prudencia, especialmente en los primeros días de fatiga, si no quieren exponerse á las calenturas tifoides y á las intermitentes perniciosas, tan graves en nuestros climas meridionales.

El beber agua fría estando el cuerpo acalorado, ó el tomarla de cualquier arroyo ó fuente que se halla al paso, es una imprudencia temeraria. Mucho mejor es llevarla de casa y hacerla agradable al beberla, exprimiendo en ella zumo de limón, ó algunas gotas de aguardiente ó de vino.

Si el cansancio obliga á tomar algún momento de reposo, no debe hacerse en las cercanías de los pantanos, en cuyo fondo se hallan de largo tiempo acumulados despojos vegetales y animales. Los continuos calores, evaporando en gran parte las aguas de estos pantanos, dejan el fondo al descubierto, y el aire se carga de los gases y fermentos pútridos que se desprenden de aquel fango, verdadero laboratorio de venenos más sutiles y mortíferos que los más refinados preparados químicos, por cuanto su composición es mucho más compleja, y enteramente desconocida.

En todo caso, mientras se esté sudando, no hay tanto riesgo, porque la absorcion y la exhalacion son dos funciones antagónicas de la piel, y mientras la una se ejerce con extraordinario vigor, la otra se halla amortiguada. Así, pues, mientras se suda mucho, se absorbe muy poco, y esta regla puede servir al cazador para no esperar en estos sitios á que el sudor se calme, porque entonces su piel empieza á absorber con una actividad proporcionada á la que momentos antes empleó para sudar. El sueño en estas circunstancias es un consejero traidor, del que se debe huir á toda costa.

El aligerarse de ropa, por mucho que á ello excite el calor, ó la frescura de ciertos parajes, es tambien en alto grado peligroso. Con la misma ropa que se empieza la jornada debe acabarse; pues el abrigo moderado, lo mismo preserva del calor que del frio, y es seguro que, colocados al sol, no podríamos soportarlo desnudos, como cubiertos con un vestido algo fuerte.

Los alimentos vegetales, y el uso inmoderado de las frutas, son ahora un verdadero veneno para el cazador. Su comida debe ser corta en cantidad, pero succulenta y despojada en lo posible de condimentos irritantes. Las carnes recientes de animales jóvenes, asadas, deben preferirse á las cecinas y á los pescados. Las frutas deben usarse con mucha escasez, pues suelen ser en general dañosas, sobre todo cuando se toman en el estado de agitacion en que se halla el cazador durante su jornada. Estas frutas pueden ser el melocoton, y la pera despojada del pellejo; los higos, las uvas, el melon y la sandia, son frutas muy indigestas, de que no debe hacer uso en ningun caso.

Ya vendrán días más benignos y ocasiones más propicias para todo género de expansiones. Esperemos con prudencia, y sometámonos gustosos á las leyes naturales y á los preceptos de una templanza saludable; pues así como el Código civil castiga á sus infractores, así tambien la naturaleza tiene sus tribunales, algo más difíciles de eludir y de burlar que los que constituimos los hombres.

J. CUESTA Y CKERNER.

BIOGRAFÍA.

EL BARON HAUNS DE HENFERNSTEN.

(Continuacion.)

—Si tal, baron, si tal: además vos no sois mi súbdito, ni yo tengo órdenes que dar, sino rogaros que me acompañeis, por lo grata que me es vuestra amistad; pero me equivoco: tenia sí que daros una orden, y es que nunca conspiréis conmigo; pues soy hartó fatal á mis parti-

darios, y no seria para vos una garantía el ser vasallo aleman y no francés, porque Richelieu es inflexible cuando se le ataca en su madriguera. Fuera de esto, yo deseo que halleis la Francia de vuestro gusto, y seais mi amigo durante mucho tiempo. Es cuanto tengo que deciros, baron.

Acabado este diálogo, el duque abrazó á Bernardo con verdadera ternura.

Algunas semanas despues de la conversacion que dejamos referida, el duque de Orleans y nuestro héroe se hallaban instalados en el castillo de Vincennes que, como habia dicho muy bien el príncipe, no era otra cosa que un honroso destierro, en donde el cardenal Richelieu podia vigilarle más á su sabor.

El jóven aleman halló muy grata la vida en compañía de su ilustre amigo, y tres años se pasaron sin que ocurriese nada que sea digno de mencionarse.

Los magníficos bosques de la posesion real, ofrecian al baron y á su hermano ancho campo para sus correrias, y Gaston, aunque no tan aficionado á la caza como sus nuevos amigos, no se desdeñaba de organizar por sí mismo grandes batidas, á las que asistían muchos de los partidarios de sus ideas, que aprovechaban estas reuniones para combinar nuevos proyectos contra el omnimodo poder del cardenal ministro.

Mucho tiempo eran tres años de inaccion para el duque, y ya que no otra cosa, imaginó molestar á Richelieu casándose contra su voluntad, que era más que hacerlo contra la del rey. Para esto pensó en la hija del conde de Rochefort, decidido partidario suyo, y á quien el cardenal deseaba llevar al partido del rey. Se hallaba á la sazón el conde en Bruselas, y Gaston escogió para emisario de su peticion matrimonial al baron de Hauns, con encargo especial de explorar primero la voluntad de la señorita de Rochefort, y decirle cuanto hubiese de cierto en los elogios que se hacian de su belleza, porque el duque no la conocia.

Partió Bernardo á desempeñar la comision del príncipe, y habiendo merecido muy buena acogida de parte del anciano conde, solo le faltaba ver y hablar á su hija para dar al de Orleans una idea exacta de su hermosura y talento, cuando la fatalidad hizo que se enamorase ciegamente de la jóven. Bajo la impresion de este naciente afecto, y discurriendo sin lógica ni razon ninguna, como quien está locamente apasionado, escribió al príncipe una carta llena de sofismas y razones políticas, por la que, segun él, no le convenia tal enlace, calumniando al mismo tiempo la belleza y discrecion de la hija de Rochefort, que era en realidad una belleza y discrecion de primer orden. Dijole á Gaston en su carta que la jóven era, cuando más, una her-

mosa estatua, sin talento ninguno, y además melindrosa y gazmoña, cualidades que sabia le disgustaban al príncipe en alto grado. Por fin, de tal manera se arregló, que el mismo duque le propuso que se casara con la señorita de Rochefort, aun cuando fuera haciendo un gran sacrificio, para conservar al conde en su partido; y Bernardo, loco de alegría por lo bien que le salieran sus planes, se dedicó desde entonces á ganarse el corazón de Albertina (este era su nombre) y la voluntad del conde, quien deslumbrado por el favor que el baron gozaba al lado del de Orleans, no tuvo dificultad en concederle la mano de su hija.

Un matrimonio hecho bajo tan malos auspicios como son el fraude y la mentira, no podia hacer la felicidad de los contrayentes.

Apenas el baron de Henfernstien llevaba algunos meses de casado, cuando el duque le rogó que se volviese á Vincennes porque necesitaba de su amistad.

Con gran sentimiento se desprendió Bernardo de los brazos de su bella esposa, que llorando le acusaba de no amarla lo bastante para renunciar por ella al favor del príncipe, ó al ménos llevarla á su lado. Esto hubiera sido para el baron la suprema dicha; pero temia ver descubierto el engaño en el momento que Gaston se hallase frente á la hermosa Albertina, por lo cual creyó el partido más prudente manifestar á esta lo que habia hecho por llegar á poseer su corazón.

Grande fué la sorpresa de la jóven cuando supo en cuán poco habia estado el que su frente ciñese la diadema de duquesa de Orleans; pero tratando de reponerse, instó á su esposo á partir para reunirse á Gaston, y ella desistió de su deseo de acompañarle á Francia.

Otra vez Bernardo en Vincennes, el duque le puso al corriente de sus nuevos planes, planes que no tardaron en abortar, dando por resultado la decapitacion del ilustre Montmorency y otros muchos obcecados orleanistas, el casamiento de Gaston con la hija del príncipe de Lorena y su reconciliacion con el rey.

Más de un año hacia que el baron de Henfernstien habia dejado en Bruselas á su jóven esposa. el duque se hallaba ya casado y en buena armonía, al parecer, con Richelieu, por lo cual creyó Bernardo que podia sin recelo alguno traer á Paris á la hermosa Albertina. Hizolo así, y no tardó el rumor de su belleza en llegar á los oídos del príncipe, lo cual despertó sus recuerdos y tuvo deseos de conocer á una mujer á quien todos hallaban hermosa y discreta, ménos su marido.

Manifestado este deseo por el de Orleans, Bernardo se apresuró á presentarle á su esposa, y Gaston se quedó mudo de admiracion ante belleza tan peregrina. Habló con ella algunos instantes, y estos sirvieron para cautivarle más: por

fin, dominando su emocion, volvióse á Henfernstien diciéndole en voz baja.

—¿Es esta, baron, la mujer que parecia una estatua, en quien no encontrábais ni gracia ni talento? En verdad que os compadezco, amigo mio: y en seguida se puso á tratar de cosas indiferentes.

Todo quedó en tal estado: el baron y su esposa vivian en el mismo palacio del príncipe, y la duquesa no se hallaba sin tener á su lado á la encantadora baronesa.

Los asuntos políticos parecian haber dado fondo, y solo faltaba un punto por arreglar, que era la fusion de *orleanistas* y *cardenalistas* en un solo partido, el del rey; pero los adictos al duque no querian ceder, si el mismo Gaston no se lo indicaba.

Richelieu, que era quien más deseaba esta fusion de partidos, empezó por permitir á sus parciales que frecuentasen la sociedad del duque, y varios convites mútuos habian tenido ya lugar, cuando se organizó una gran cacería, á la que debian asistir muchos personajes de ambos bandos, y tratar entre bromas y veras el definitivo arreglo.

Era el encargado de dar el primer paso por parte de los cardenalistas el caballero Raul de Chavigny, el cual debia dirigirse á Bernardo de Hauns como el amigo mas íntimo del príncipe.

Raul de Chavigny tenia todas las cualidades de un perfecto cortesano, incluso el humor sarcásticamente festivo, que tan de moda estaba entonces en la corte de Francia, y que ocasionó más de un duelo entre hombres que pasaban por los mejores amigos.

SOFÍA TARTILAN.

(Continuará.)

CORRESPONDENCIA.

Sr. DIRECTOR DE La Caza.

Estimado señor mio y amigo: Este año han criado poco las perdices, efecto de la mala primavera; de conejos hay abundancia cual ningun año á pesar de haber sido tambien poca la cria. Esto consiste en haberse guardado la veda con todo rigor, efecto de las excitaciones de su periódico y de lo que para ello hemos trabajado los aficionados, no habiendo dejado de contribuir bastante el celo de las autoridades locales en esta poblacion y en algunas otras de la provincia.

Anhelo con ansia que llegue el 1.º de Agosto para descolgar mi escopeta y dar ocupacion á mis podencos, muy apreciados de algunos íntimos amigos míos, que son tambien suscritores á la *Revista de los cazadores*.

Excite V. á sus amigos y colaboradores á que

le den noticia de las cacerías que realicen: yo, por mi parte, me felicitaré de tener mucho que contarle.

Suyo siempre afectísimo amigo,

B. M. ARTERO.

Bullas 19 de Julio de 1867.

CRONICA.

El día 22 del actual tuvo efecto en Riofrio una cacería, á la que asistieron los ministros de Marina y Gobernacion.

M. Pertuiset, excelente cazador del vecino imperio y escritor distinguido, está organizando una sociedad con objeto de dar una cacería de leones. Atravesando el Mediterráneo, los socios se reunirán en las llanuras de África. Harán dos grandes batidas por semana, con el concurso de 100 ó 200 ojeadores indigenas. Cuando el tiempo lo permita, cazarán de noche al acecho; y con el objeto de que la distraccion sea completa, de vez en cuando se perseguirá á los jabalíes, hienas, panteras, tigres, chacales y otros animales en que abunda aquel país.

Cada socio pagará 4,500 francos, por cuya cantidad se le alimentará durante la escursion, alojándolo en el campamento.

Todas las noticias que recibimos de provincias nos demuestran que los aficionados se preparan para la temporada de caza, que empieza mañana en las provincias de Albacete, Almería, Alicante, Barcelona, Badajoz, Baleares, Cádiz, Cáceres, Ciudad-Real, Córdoba, Cuenca, Canarias, Castellon, Gerona, Granada, Guadalajara, Huelva, Jaen, Lérida, Madrid, Málaga, Murcia, Sevilla, Tarragona, Teruel, Toledo, Valencia y Zaragoza.

En el núm. 16 hemos expresado las causas que nos obligaban á disminuir la lectura de este periódico en los meses de Julio y Agosto.

En Setiembre haremos la debida compensacion, y empezaremos á repartir las láminas y á cumplir los demás compromisos que tenemos contratados.

D. I. G. de P. (de Sevilla) nos ha remitido una interesante carta, que insertaremos en el número próximo, correspondiente al 10 de Agosto, sintiendo no poderlo hacer en este por estar ya ajustado cuando la carta llegó á nuestro poder.

Un amigo nuestro opina que la disposicion adoptada por la empresa del ferro-carril de Alicante y Zaragoza para que los viajeros puedan llevar sus perros en su compañía, no es conveniente «porque no se ha hecho exclusivamente en

obsequio de los cazadores, y porque ha de producir molestias á los viajeros.»

Respetamos la opinion de todos; pero creemos que la mayoría de los cazadores se alegrará de poder llevar á su lado el perro en sus expediciones, que es lo que hace tiempo anhelan y solicitan. Verdad es que nuestros deseos eran, y siguen siendo, que se establecieran coches especiales para los cazadores; pero esto se halla ya casi concedido, toda vez que juntos y solos irán cuando, como es costumbre en ciertos dias, se reunan algunos aficionados.

En cuanto á las molestias de los viajeros, aunque podríamos demostrar que es infundado el temor, renunciarnos á hacerlo porque somos únicamente órgano de los cazadores, y no acostumbramos á gastar tiempo en lo que no puede importar á nuestros abonados.

Cúmplenos, pues, felicitar á los aficionados á cacerías, congratularnos de que el director del ferro-carril de Zaragoza y Alicante haya hecho extensivo aquel beneficio á los dueños de perros que no sean de caza, y solicitar igual gracia de las demás compañías.

ANUNCIO.

LEY

DE LA

SUSTANCIACION DEL JUICIO DE DESAHUCIO,

segun la reforma que se acaba de hacer

EN EL

TÍTULO XII DE LA LEY DE ENJUICIAMIENTO CIVIL.

Comentado por D. SAM.

Esta obrita, necesaria para los Jueces, Letrados, Notarios, Procuradores y Curiales, y utilísima para los dueños de fincas, los inquilinos y colonos, comprende la reforma y los artículos vigentes de la ley anterior, los trámites de la segunda instancia de los interdictos, y la via de apremio del juicio ejecutivo, que son aplicables al de desahucio; la doctrina sentada por el Tribunal Supremo en las sentencias sobre esta clase de juicios, y finalmente, los comentarios indispensables para la acertada inteligencia de las nuevas disposiciones.

Se halla de venta en Madrid, al precio de 4 reales, y 5 en provincias, en la imprenta de Manuel Tello, calle de San Marcos, núm. 26.

Los señores suscritores á LA CAZA, podrán obtener este cuaderno por 3 rs. en Madrid y 4 en provincias, dirigiéndose al punto central de venta, calle de San Marcos, núm. 26, imprenta; expresando ser suscriptor el de provincias y remitiendo su importe en libranza del Giro mútuo ó en sellos de correos, y presentando el recibo el de Madrid.

Por todo lo no firmado,

El Editor responsable, D. Domingo de Castro.

MADRID.—1867.

Imprenta de M. Tello, San Marcos, 26.